

Reseña bibliográfica

Ramón Menéndez Pidal. 2005. *Historia de la lengua española*, I y II. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal y Real Academia Española. 1368 + 752 páginas.

Francisco Abad*

Facultad de Filología, Universidad Nacional de Educación a Distancia

Esta obra (que se ha podido editar merced a los desvelos del profesor Diego Catalán) constituye una de las aportaciones fundamentales que se han hecho durante el siglo XX al estudio de la lengua española, o sea, al estudio científico sin más del idioma patrimonial. Quedó escrita en su mayor parte en los años de la guerra española y de la guerra mundial, si bien luego recibió ampliaciones en lo que respecta a algunos problemas –la historia de las sibilantes, por ejemplo–; el propio Catalán relata la historia de esta *Historia* en el volumen II ahora publicado (pp. 83-260). Vamos a hacer algunas consideraciones en torno a tales dos volúmenes no desde el punto de vista de la historia de nuestra lengua, sino sobre todo desde el de la historiografía que es propio de esta revista.

Catalán aporta un precioso testimonio de los planes de investigación del joven Ramón Menéndez Pidal; en una hoja fechada el 10 de julio de 1901, nuestro autor hacía un listado de obras proyectadas y de sus respectivas “fechas de acabar”, y entre ellas aparecen estos tres títulos: “El castellano en América” (dic. 1910), “Historia del idioma español” (dic. 1912), y “Gramática histórica del español” (dic. 1914). Se trataba por tanto de hacer una gramática histórica de mayor envergadura científica que el *Manual elemental de gramática histórica española* (1904); proponemos que se entienda que cuando don Ramón abandonó la idea de esa Gramática, seguramente por tal motivo este *Manual* dejó de llevar la palabra “elemental” en su título. Se trataba además de conocer el estado de la lengua en América –una América a la que el joven Menéndez Pidal iría pronto y en la que se interesó por el romancero–, y en definitiva de trazar asimismo la *Historia del idioma español*.

Unos trabajos se sumaban a otros en la tarea indagadora de Menéndez Pidal, y de esta manera la proyectada y deseada Historia fue retrasándose; de hecho, el impulso definitivo vino solo tras haber publicado *Orígenes del español* (1926), pues resultaba lógicamente la prolongación de tal temática. Movido además por su nacionalismo noventayochista, nuestro autor dio primero un artículo en torno a “El lenguaje del siglo XVI” (1933), artículo luego bien conocido: se hacía de esta manera historia de la lengua castellana, y además del más grande de nuestros siglos, el clasicista (de acuerdo con la estimación de Menéndez Pelayo, que había heredado Menéndez Pidal en tanto discípulo suyo). La predilección de nuestro autor por el Quinientos se explica bien: la centuria de la hegemonía grata a la mentalidad historiográfica nacionalista; el siglo de claridad elocutiva; los años de la transformación en la pronunciación del castellano y en la que el castellano se hace lengua española.

Alejado de sus papeles, don Ramón impartió durante la guerra civil un curso (doce lecciones) de historia de la lengua en la Universidad de La Habana –como también en otros sitios–, y en cuanto pudo y según se lo permitían las circunstancias empezó a redactar la obra que ahora ha aparecido al fin tras una labor preparatoria que ha llevado a cabo –tal como queda dicho– Diego Catalán con la ayuda en los trabajos previos de algunos colaboradores. No obstante, hay que saber que las páginas previas sobre el idioma del XVI no fueron incorporadas como tales al nuevo texto de conjunto, que está redactado todo él de primera mano.

* Correspondencia con el autor: fabad@flog.uned.es.

Lo que sí hizo don Ramón fue anticipar la presente *Historia de la lengua española* en Homenajes, o en otras obras para las que se le pidió colaboración y tuvo interés en encontrarse presente; según nuestro cálculo, aproximadamente una tercera parte de lo que ahora se publica estaba ya editado, mientras las amplias dos terceras partes restantes permanecían inéditas.

A la vez que don Ramón escribía esta obra magna, aparecieron otras dos historias de la lengua: la primera de ellas fue trabajo de Jaime Oliver Asín, tuvo por entonces varias ediciones, y pese a encontrarse hoy día muy olvidada, creemos con toda justicia histórica que conserva páginas y párrafos absolutamente en vigor; de hecho Álvaro Galmés la ha seguido y empleado no hace muchos años en algún escrito suyo.

El segundo de estos textos es –según bien se sabe– el de Rafael Lapesa (1942); su origen se encuentra en un encargo de Tomás Navarro Tomás, quien asimismo había sido su alumno: creemos que se trató de un encargo para la “Biblioteca Popular de Cultura y Técnica” de la Editorial Nuestro Pueblo, en la que sí colaboró efectivamente Samuel Gili Gaya; el texto de Lapesa no estuvo acabado del todo hasta pasada la guerra, y tuvo desde el inicio un tono de mayor envergadura científica que el que hubiera poseído de aparecer en esa “Biblioteca Popular”. Durante la contienda Lapesa llevó a cabo una labor humanitaria y de defensa del patrimonio cultural en los locales del “Centro de Estudios Históricos” de la calle Medinaceli de Madrid, y en este sentido se mantuvo en contacto por carta con Navarro y con don Ramón; a instancias del primero Lapesa hizo su *Historia*, y el segundo –el propio Menéndez Pidal– tuvo la altura de miras de prologar el texto en el que su discípulo se le había adelantado con una *Historia* propia, aunque no dejó de subrayar que no había “asomo de conflicto” entre unas y otras obras análogas (la de Oliver, la de Lapesa y la entonces sin acabar ni publicar del maestro). Diego Catalán enjuicia este salir pronto la *Historia* del alumno, y más tarde la de su maestro: “Aunque sólo fuera por una coincidencia de fechas, podría pensarse que la decisión de Rafael Lapesa de anticiparse a su maestro [...] contribuiría a que Menéndez Pidal no diera muestras de querer apresurarse en publicar su inédita *Historia de la lengua española*, pero, de haber interferido en sus proyectos, más bien habría sido para tomar la decisión de no anticipar un tomo de «1^{er} grado cíclico» «para no especialistas lingüistas», al «proyecto grande de la *Historia de la Lengua*» (como lo denomina Amado Alonso)”.

Menéndez Pidal entendió la historia de España en tanto una continuidad multiseular de tradiciones, y esto lo veía cumplirse de manera muy efectiva en el lenguaje. Empezó así su presente texto tratando de los pobladores primitivos y sus lenguas, y de esta manera enunció en un bello párrafo: “En los nombres de los ríos, montes y lugares escuchamos efectivamente ahora la voz lejana de los pueblos que nos precedieron sobre nuestro suelo y que bajo él se sepultaron en inmemoriales vicisitudes históricas, porque esos nombres vienen, por densa tradición, de boca en boca desde los labios de aquellos antepasados prehistóricos hasta nuestros oídos”. Don Ramón gustó de la cuestión de la incidencia de las lenguas prerromanas en el romance, y en este sentido agrupó en volumen sus ensayos sobre *Toponimia prerrománica hispánica* (1952), pero los capítulos dedicados a la materia en la *Historia de la lengua española* están escritos de nueva planta, al igual que –dicho queda– toda esta *Historia*.

Luego trata nuestro autor de “la Hispania latina”, y sienta como es lógico que “los orígenes de la lengua española (los orígenes remotos, debe entenderse) hay que considerarlos [...] desde el año mismo 218 a. C. en que Cneo y Publio Cornelio Escipión empiezan desde Tarragona la conquista de España”. Los orígenes próximos e inmediatos de lo que será la lengua española los tenía trazados Menéndez Pidal –y es bien sabido– en la que fue su monografía maestra acaso: la ya mencionada de *Orígenes del español*, que abordaba la situación idiomática del centro peninsular hacia los siglos X y XI.

Don Ramón se hace cargo en esta *Historia* de un asunto por el que tuvo predilección: el de los contactos con el Islam; al idioma romance hablado en al-Andalus lo denomina “aljamía”. Álvaro Galmés tiene reunidos en dos amplios volúmenes (Universidad de Málaga, 2001) lo que su tío-abuelo escribió en efecto en torno a *Islam y Cristiandad: historia y cultura; lingüística; primitiva lírica; motivos literarios; literatura aljamiado-morisca; etc.*

Don Ramón denomina “español antiguo” a la lengua medieval posterior a 1230, cuando “el idioma adquiere una clara conciencia de su personalidad [y] desarrolla sus manifestaciones literarias escritas en muy importantes direcciones”; lo anterior a esa fecha es la “edad del español primitivo” o “edad primitiva” del idioma. Señalemos por otra parte que el siglo que nuestro autor delimita entre 1370 y 1470 lo trata en tres capítulos (pp. 593-663) que tienen la novedad de ser las únicas páginas en que el maestro se ocupó de la lengua y cultura de esa centuria.

La parte de esta *Historia de la lengua española* que se dedica a “El español áureo” constituye por sí sola una monografía muy amplia (pp. 665-1337) y de calidad extraordinaria: estamos ante un verdadero libro dentro de otro libro. Aun así, la historia de un idioma –y desde luego la del nuestro– es tan compleja, que Menéndez Pidal nada más que pudo tratar una parte de los asuntos que resultaban pertinentes. De esta manera, el lenguaje literario de Cervantes o de Lope se analizan solo parcialmente; la segunda época de Góngora se halla bien atendida, pero se ha pasado por alto la primera, anterior a 1610; el *Criticón* no se encuentra considerado; etc.; por supuesto no cabe olvidar que la *Historia de la lengua española* pidalina es un texto que el autor no revisó definitivamente, que se encuentra inacabado, y que su publicación es póstuma, aunque estuvo en las mejores manos: las de Diego Catalán.

Por contra todo lo que tiene que ver con el andaluz y con el español en América se encuentra abordado magistralmente y de manera extensa; son páginas revisadas en colaboración con el mismo Catalán. En los años cincuenta toda la escuela pidalina trató de la historia de nuestra pronunciación y del seseo y ceceo: Amado Alonso dejó un tratado que iría publicándose; Galmés, Lapesa, Catalán y el propio don Ramón dejaron establecido sólidamente el asunto, si bien con alguna diferencia entre don Amado y los demás autores que no es tan tajante como acostumbra a decirse si se leen despacio los textos de unos y otros autores.

La presente *Historia de la lengua* pidalina solo alcanza hasta alrededor de 1680, y cabe preguntarse por qué es así. Por supuesto un primer motivo es el de que otros trabajos en marcha absorbieron todo el tiempo y todas las fuerzas de don Ramón, pese a su trabajo ininterrumpidamente hercúleo, pero hay además otras motivaciones: a) los tiempos del XVIII y en particular los del XIX le resultaban muy próximos, pues él era un hombre ochocentista, todavía más ochocentista era su padre, etc.; b) la historiografía romántica pidalina le llevaba a ocuparse con preferencia de cuestiones de orígenes; c) su historiografía nacionalista miraba hacia atrás, hacia los héroes y la grandeza del pasado (el Cid, los conquistadores de América), más que a unos siglos –el Setecientos y el Ochocientos– que en general y ante la conciencia española han sido considerados muchas veces en tanto afrancesados y liberales. El caso es –de todas maneras– que don Ramón, en tanto estudioso permeado por la mentalidad romántica, estudiaba a los héroes y las que tenía por “ilustres hazañas” –más que “codicia insaciable”– de la conquista de América; además era ideológicamente una persona liberal, que amaba lo intrahistórico, lo popular, y de ahí su dedicación de por vida a varias de las tradiciones del pueblo español: la lengua, el romancero, algunas costumbres.

La lengua española “moderna” podemos datarla en 1592, pues –se nos dice en la presente *Historia de la lengua española*– “el neologismo fonético ve sancionado su triunfo en el [...] *Arte Poética Española* por Juan Díaz Rengifo”; entonces se ha consumado ya que “la

pronunciación moderna se ha hecho literaria y poética”. A partir de esos momentos los cambios idiomáticos resultan menores excepto en lo que se refiere al léxico y a los estilos literarios –o no se ha sabido analizarlos hasta ahora–, y esto constituye asimismo un motivo por el que don Ramón detuvo el análisis hacia 1680; tras él, la gran mayoría de estudiosos detienen asimismo su exposición desde el siglo XVII, y de las exposiciones de conjunto que se han hecho, nada más que alguna –por excepción– dedica una atención proporcionada a lo posterior a ese final del Seiscientos. En particular todo lo que tiene que ver con la lengua española del siglo XIX se encuentra muy abandonado, lo que todos los estudiosos debemos reconocer en tanto una de nuestras limitaciones.

El volumen II de esta *Historia* incluye unas páginas de doctrina idiomática del propio Menéndez Pidal en torno a las varias clases de lengua, las causas de la evolución del idioma, la propagación de los cambios, entre otros aspectos.

La Historia del lenguaje requiere de muchos saberes y de muchos años de estudio, y excede por tanto de las capacidades de una sola persona; Menéndez Pidal –dedicado directa o indirectamente a ella en una vida imparable lograda de muchos decenios de estudio–, hizo la mejor (de autoría individual) con que contamos. En muchas de sus páginas el análisis monográfico resulta tan denso y novedoso, que constituye un texto de necesaria referencia, junto –claro es– a sus volúmenes de gramática histórica y de análisis del *Poema de Mio Cid*, o de análisis de los siglos de orígenes próximos del idioma patrimonial.

La historia de la investigación requiere que se tengan en cuenta muchos nombres, pero desde luego y en lo que se refiere a la lengua española, dos de los mayores gigantes han sido Rufino José Cuervo y Ramón Menéndez Pidal, además del gran Amado Alonso.